



**JOSE ROJAS  
GARCIDUEÑAS**

# **INDIGENISMO EN EL MEXICO DE LOS SIGLOS XVIII A XIX\***

En esta plática lo que voy a exponer o comentar, podría más bien decirse que son trazos del indigenismo en los años próximos a la independencia, tanto los anteriores como los posteriores a ella. Y lo que en dicho lapso he encontrado, quiero advertir que es muy modesto y casi pobre, aunque significativo. Eso lo manifesté desde que fui invitado a participar en este ciclo, pero ante la reiteración cordial creí que no debía rehusar a exponer el tema.

Si en el siglo XVI el indigenismo fue el conocimiento y el contacto con un mundo vivo, en los dos siglos posteriores, por la evidente desaparición de las grandes culturas indígenas, por el peso de la administración colonial y la nueva estructura social impuesta por la dominación castellana, el resultado fue que el interés y el conocimiento de aquello (que había sido maravillosa revelación para los conquistadores recién llegados), se fue desvaneciendo y el interés dejó de existir o al menos fue quedando tan reducido e ignorado, que apenas se encuentra limitado a algunos eruditos, muy sabios y admirables, como Sigüenza y Góngora en el siglo XVII, y algunos otros en el XVIII como Boturini, Clavijero, León y Gama y pocos más; todos ellos verdaderos investigadores, intelectuales ocupados en descifrar vestigios y residuos de una historia y unas confusas culturas prácticamente caídas en el olvido.

Esos fragmentarios conocimientos y ese casi perdido interés, van a ser aprovechados, en formas muy diversas, a veces caóticas, a veces torcidas, a veces desfiguradas o transfiguradas poéticamente, serán utilizados en la lucha política por la independencia y en las primeras décadas del asentamiento y consolidación de ella; todo eso, claro es, en los fines del siglo XVIII y en los comienzos del XIX.

Probablemente la primera de esas manifestaciones o aprovechamientos indigenistas, en tal período, haya sido el desorbitado sermón que predicó, el año de 1794, aquel brillante, activo y extravagante agitador y político que fue fray Servando Teresa de Mier. Entonces, apoyándose en una fantástica mezcla de mitología indígena, referencias bíblicas y datos de toda índole, en aquel sermón pronunciado en la entonces Colegiata y hoy Basílica guadalupana, sostuvo el desconcertante fray Servando que el apóstol Santo Tomás, luego de la iluminación de Pentecostés, vino a predicar a las Indias, estas tierras del Nuevo Mundo, que aquí vivió largo tiempo, muy venerado con el nombre de Quetzalcóatl, que fue quien desde entonces enseñó la doctrina de Jesús, la personalidad de éste y la de María, madre de Dios; y dijo fray Servando, a los sin duda estupefactos oyentes, que la tradición guadalupana vulgarmente difundida era falsa, pues la imagen no está pintada en la tilma del indio Juan Diego, sino en el lienzo que fue capa de Santo Tomás, quien dejó esa imagen a los indios y por ellos fue venerada desde entonces.

Es bien sabido que tal sermón fue el comienzo de las peripecias del padre Mier y también el origen de su pasión y acción política, ambas varias veces cambiantes pero pugnaces, como lo era él mismo, pasiones y acciones que influyeron en nuestra historia nacional.

Por aquel sermón, fray Servando fue enviado a Cádiz, preso. En lo que dijo no había herejía, porque la tradición aparicionista nunca ha sido dogma. Es claro que la gente común sólo percibió el escándalo de tan desusadas aseveraciones y no extrañaría que por eso mandaran a España al exponente. Pero las altas autoridades españolas, eclesiásticas y civiles, sí percibieron el peligro que encerraba el fondo de lo expuesto por Mier: sostener que la doctrina cristiana no había sido traída por la conquista española era, no solamente despreciar la deuda que estos países tenían con España, como ha visto O'Gorman, sino, más aún, era minar el más recio fundamento en que siempre se apoyó el dominio español: la donación pontificia dada por Alejandro VI en la Bula *Inter Caetera*, de 1493, con la condición y finalidad de que España introdujera y difundiera la doctrina cristiana en los pueblos que se le encomendaban; por eso, si aquí ya había habido predicación cristiana prehispánica, caía o mucho se debilitaba aquel título jurídico de posesión de la Corona española. Se ve, pues, claramente, cómo ese indigenismo, aún fabuloso, de un Quetzalcóatl cristiano, fue utilizado con una intención política.

Con tales antecedentes, ya el tema del indigenismo entraría en la liza y tratarán de utilizarlo unos y otros, aunque en corta medida, por el desconocimiento ya referido que de eso había.

Con no poca violencia don Francisco Severo Maldonado increpaba así, en su periódico, en 1811: "Exalte Clavijero cuanto quiera la ilustración y conocimientos de los antiguos mexicanos. . . la rueda astronómica. . . las virtudes de muchas plantas. . . su habilidad para fundición de metales. . . Pero el filósofo, el observador sabio e imparcial. . . sólo tendrá por ilustrados a los mexicanos de aquel tiempo, comparándolos con sus coetáneos los salvajes de las Islas y Tierra Firme." Menciona la falta de ciencias, la imperfección de la escritura, deficiencias en los cultivos, carencia de bestias de trabajo, por lo que había campos despoablados, chozas miserables, indios macilentos, y dice: "Pero llegan los españoles. . . conducidos por una particular disposición de la providencia y todo comienza a cobrar nueva vida y nuevo aspecto. Los conductores de la verdadera religión y libertad lo fueron también de las Ciencias y las Artes. Sí, indios ingratos e injustos; los españoles establecieron desde luego escuelas gratuitas para que aprendieseis a leer y escribir. . . hicieron florecer en vuestro suelo la Agricultura, la Industria y el Comercio. . . etc." Y, como cualquier orador político, sin el menor titubeo, concluye así: "A tamaños y tan inapreciables bienes han puesto los españoles el sello, manteniéndolos por trescientos años en el regazo y dulzuras de la más profunda paz."<sup>1</sup>

\* Conferencia pronunciada por el autor el día 7 de noviembre de 1975 durante el ciclo "México, del siglo XVIII al XIX", organizado por el Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas.



Casi coincidiendo, en tiempo, con el artículo citado, en Londres escribe el padre Mier una carta, enviada al periódico *El Español*, en que hace una apología del Anáhuac precortesiano y acusa a los españoles por la conquista, por sus calumnias a los indios, por las enfermedades que consigo trajeron, y termina incitando francamente a la independencia.

Conseguida ésta, ya los políticos no insistirán en ninguna forma de indigenismo. Las culturas precortesianas siguen ignoradas, salvo de los especialistas, y, en cuanto a los propios indios, los políticos quieren verlos, con toda razón, iguales a los demás hombres y mujeres integrantes de la nación.

El ilustre doctor José María Luis Mora, cerebro del liberalismo mexicano, en su calidad de diputado constituyente del Estado de México, en mayo de 1824 presentó esta proposición:

A fin de que se proscriba la denominación de *indio*, que ha venido a ser, en la acepción vulgar, oprobiosa a una gran porción de nuestros conciudadanos, pedimos al Congreso se excite al Gobernador del Estado para que recuerde y haga que se cumpla escrupulosamente la ley que ordena que no se hagan distinciones de castas en los registros y libros parroquiales. 2o. Que asimismo se deseche en la Secretaría de este Congreso y en los tribunales del Estado, toda exposición, escrito o solicitud, en que se haga uso de tal nombre.

Poco después, insiste en remachar la idea de la igualdad política, sin duda justa y necesarísima en aquellos primeros días de nación independiente; así lo muestra en otra moción que, como la anterior, fue recogida por el historiador don Jorge Flores D., quien dice:

El pensamiento que abrigaba Mora sobre la convivencia de criollos, mestizos e indígenas en la República, volvió a manifestarse claramente en la sesión del 3 de noviembre del mismo año (1824), cuando se opuso al proyecto de don Carlos María de Bustamante, sometido al congreso Constituyente general, para que las cenizas de Morelos se guardasen en la iglesia de Loreto, como un testimonio y símbolo de la amistad del gran caudillo insurgente hacia la raza indígena. (Debe recordarse que, en esa época, el Colegio de San Gregorio, contiguo a la iglesia de Loreto, que le servía de capilla propia, se hallaba destinado, como desde mucho tiempo atrás, a la educación de los indios.)

No cabe duda —dice Flores—, de que en Mora había un constructor de la nacionalidad. . . Breves fueron sus palabras, pero adecuadas para exponer su pensamiento:

El señor Mora dijo: que desde luego conviene en que se levante un monumento que encierre las cenizas de don José María Morelos, pero que hará una proposición para que no se verifique en la iglesia de Loreto, precisamente porque los llamados indios custodian aquel edificio, pues es necesario convenir en que ya no existen indios, en razón de que todos los habitantes de la República han hecho una masa homogénea que por ningún motivo debe dividirse en castas.<sup>2</sup>

Muy poco después, en la cronología, pero en campo muy distinto, el de la literatura, aparecen otros aprovechamientos de temas indígenas.

En dos tomitos, hoy rarísimos, se publica una novela cuya portada solamente dice: "Jicotencal. Filadelfia. Imprenta de Guillermo Stavely. 1826". Anónima, las hipótesis sobre su autor han sido muy variadas, cautelosas e imprecisas las más, sin que hasta hoy se haya adelantado nada en firme. Yo estoy persuadido de que es obra de un hispanoamericano y, más concretamente, de un mexicano, por varias razones que expliqué en un estudio publicado hace casi veinte años.<sup>3</sup> No es para ahora volver sobre eso.

El asunto de la novela es doble: hay una trama amorosa, que en conjunto es débil y evidentemente urdida por el autor solamente para armar la novela, pero a través y encima de ella va el tema político, que no es sólo el mensaje, sino el objeto verdadero de la obra. La trama pasional se resume así: Teutila (hija de un cacique enemigo de Moctezuma) y Xicotencatl el joven, se han encontrado accidentalmente y en ambos ha nacido un mutuo amor que se ve estorbado por circunstancias políticas de la República de Tlaxcala; es en tal momento cuando llegan los conquistadores españoles y el conflicto surge cuando Hernán Cortés, en cuanto ve a Teutila la desea y quiere hacerla suya, persiguiéndola a través de la novela en todas formas y, por lo mismo, tratando de eliminar a Xicotencatl el joven hasta lograr que lo aprehendan, lo juzguen y muera en el patíbulo, pero sin que Cortés llegue a conseguir a Teutila; por otra parte, Diego de Ordaz se enamora de Teutila de modo plenamente romántico. Como segunda trama, doña Marina se enamora de Ordaz, pero éste la desdeña y menosprecia. Como se ve, el centro de la trama es Teutila, en quien confluyen tres pasiones de diferente matiz.

El tema político gira en torno a Cortés. Aliados suyos son Maxiscatzin, en Tlaxcala, y Moctezuma en Tenochtitlan, ambos son tiranos crueles y desleales, son los "villanos" de la obra. En el bando opuesto, los héroes del relato: Xicotencatl el viejo, venerable por su prudencia, sabiduría y nobleza moral; su hijo Xicotencatl, personificación de la generosidad, el valor y paladín de las libertades públicas de su nación, lo mismo contra la tiranía ancestral de los señores de Tenochtitlán como peleando contra los nuevos y peores tiranos que son los conquistadores españoles.

La influencia de las ideas del siglo XVIII francés impregnan la obra hasta la saturación. No es solamente la obvia influencia de toda la doctrina de Rousseau, pero también la de Montesquieu; por ejemplo, dice: "Su gobierno (el de Tlaxcala) era una república confederada: el poder soberano residía en un congreso o senado. . . El poder ejecutivo y al parecer también el judicial, residían en los jefes o caciques de los partidos o distritos. . . Se quiere que una



antigua tradición conservase la memoria de los tiempos remotos en que Tlaxcala fuese gobernada por un solo y poderoso cacique o rey; pero el pueblo se sublevó contra los excesos de su autoridad y después de haber recobrado su soberanía, se constituyó en república". Tanto como las ideas políticas, las religiosas muestran igualmente la dirección deísta y moral de los filósofos de la "Ilustración".

Un fragmento de esta novela quiero citar, por los juicios que contiene. El anónimo autor acusa a Cortés de haber hecho asesinar a Xicotencatl el joven, el autor comenta:

Cuando el poder arbitrario llega a asesinar a un hombre virtuoso, cubriendo este horrible atentado con una farsa judicial, tan ridícula como insultante y cuando el despotismo descarga así su mano de hierro a presencia de un pueblo que no lo ahoga o despedaza en la justa indignación que debe excitar tan bárbara tiranía, ese pueblo sufre justamente sus cadenas y aun éstas son poco para lo que merece su cobarde y vil paciencia. La *Justicia* es el alma de la *Libertad*, y esa matrona benéfica, manantial fecundo y único de todos los bienes sociales. . . vuelve la espalda al país que no sabe vengar sus insultos. . .

Tal fue la infame política que condujo a Hernán Cortés para llevar a su fin la gran tragedia (la muerte de Xicotencatl), en vano los historiadores intentan encubrir la negra infamia con que se cargó para siempre aquel insolente y astuto cuanto afortunado capitán; en vano el vértigo monárquico que ha embrutecido por tantos tiempos la Europa, nos ha privado de los documentos históricos más preciosos sobre la república de Tlaxcala; el ojo perspicaz del filósofo sabe distinguir entre el fango y la basura algunas chispas de verdad, que no han podido apagar ni el fanatismo ni la servil adulación. . .<sup>4</sup>

En esas líneas hay algunos de los aspectos principales del libro y la finalidad con que fue escrito, y uno de los mejores indicios de que su autor, a mi juicio, indudablemente fue un mexicano, pues creo que ninguno de otro país hubiera expresado tal interés por documentos para la historia de Tlaxcala, a más de otros varios argumentos que no cabe analizar aquí.

Lo que ahora corresponde anotar es que esta novela (hasta hoy un tanto misteriosa por su ignorada paternidad y el lugar de su edición), es una evidente utilización de tema indigenista mexicano.

Algún tiempo después apareció una novelita que trataba de ser la refutación, como explícitamente lo dice en alguna página, de la antes citada, y lleva por título el del mismo personaje; dice la portada: "*Xicotencatl, Príncipe americano*. Novela histórica del siglo XV. Por D. Salvador García-Baamonde. Diciembre 1831. Valencia, Imprenta de José Orga. Calle del Milagro." Allí hay largos panegíricos de Cortés, allí Xicotencatl es un traidor, etc. Por lo demás es hasta divertida por los incontables anacronismos y errores de toda laya: comenzando con el subtítulo que la pone en el siglo XV cuando trata de la conquista de Cortés; además, en Yucatán pone peñascos y arroyos cristalinos, Chalco es un alto cerro, México tenía elevadas torres y murallas; doña Marina, antes



de ser bautizada, se llamaba Guacoalca, el padre de Xicotencatl tenía el nombre (casi araucano) de Cololco; al desembarcar en Ulúa, Cortés obsequia a los criados de Moctezuma con vinos de Málaga y Jerez que los hace "remontarse a la mansión de la alegría" según dice. Pero no quiero distraeros más. Es claro que la novela no tiene importancia alguna; la he mencionado como una alusión al tema indígena mexicano, llegado a España impulsado por la controversia política y en una de sus más tempranas expresiones.

La segunda novela del indigenismo mexicano es *Netzula*, de José María Lafragua quien, años después, habría de ser prominente político, jefe del partido liberal moderado, sabio jurisperito, Ministro de Justicia, diputado y senador y reiteradamente, diplomático, tres veces Ministro de Relaciones Exteriores, en cuyo cargo murió, hace cien años.

Aunque *Netzula* se publicó, por primera vez, en 1839, la fecha, al pie de la última línea, dice: "Diciembre 27 de 1832". Según eso, fue escrita cuando Lafragua tenía, a lo más, 19 años. Era un adolescente; había terminado los estudios que hoy llamaríamos preparatorios, en el Colegio Carolino Angelopolitano y había

comenzado su carrera de Derecho, que terminó en 1835 presentando un brillante examen ante el Ilustre y Nacional Colegio de Abogados de Puebla.

El comienzo de esa novela corta es así:

Eran los últimos días de Moctezuma, el imperio volaba a su ruina y la espada de los españoles hacía estremecer el trono del monarca. . . Ixtlou, en otro tiempo terror del enemigo en los combates, se había retirado a la cueva de la montaña, porque no quería presenciar la esclavitud de su patria. Allí esperaba la muerte, y el sepulcro debía ser el escudo que le librara de la furia del vencedor: sólo Netzula, su hija, sabía el retiro del anciano, y le proveía en él de los alimentos: también Octai era sabedora del refugio de su esposo.

La noche estaba serena, la luna brillaba en toda su luz, y la hija del guerrero caminaba tímida y silenciosa. . . Se adelantó ligera por el campo y llegó a la habitación del anciano. . .

— Hija mía, la dijo, ¿me traes nuevas de los valientes de Anáhuac? ¿Han acabado sus días, o aun corre la sangre del enemigo en la piedra de sus lanzas?

— No acabaron, padre, no acabaron, contestó la joven: aun puede su espada abrir el sepulcro de los opresores, y pronto será la batalla que decidirá la suerte de la patria: el arco está en la mano de los valientes, y sobre sus hombros refleja la luz en la punta de sus dardos. . .

. . . el anciano gustaba de oír las hazañas de su hijo Utali, que era



segundo después de Oxfeler, general del ejército de la América; la virgen contaba a su padre los triunfos pequeños de aquellos días, y no podía menos de estremecerse a las escenas de sangre que se renovaban.

Páginas adelante cuenta que Netzula vio, cerca de la cabaña, a un anciano, era Ogaule, antiguo compañero de Ixtlou y lo llevó al retiro de éste, que lo recibió conmovido, diciéndole:

...Ogaule, tú me das el único placer que puedo tener antes de dormir bajo de la tierra... ahora el lenguaje de la patria sonará otra vez en mis oídos; ahora hablaremos de nuestros hijos, compararemos sus hazañas a las de sus padres en los días de la antigüedad, y arderá de nuevo en mi pecho el placer que me causó la gloria...

Ya tenemos, presentados o aludidos, a los seis personajes de la novela: Ixtlou, anciano guerrero, como su compañero Ogaule; Netzula y Utali, hijos de Ixtlou y Octai; Utali está ausente, combatiendo junto al hijo de Ogaule, que es Oxfeler "general del ejército". El asunto es fácil de exponer en apretada sinopsis: cuando Ogaule visita a Ixtlou, ambos conciertan el matrimonio de sus hijos: Oxfeler y Netzula, aunque éstos no se conocen. Netzula acepta la voluntad de sus padres, además se siente atraída por las hazañas de aquel héroe. Un día, Netzula es sorprendida, en sus bellos jardines, por la presencia de un guerrero que va de paso, de magnífica presencia y ataviado espléndidamente; hay luego otros dos encuentros y el guerrero le declara la gran pasión que le ha inspirado; aunque Netzula siente que también lo ama, lo rechaza porque no puede faltar a la promesa hecha a sus padres de unirse a Oxfeler, con quien se comunica por cartas. Su lucha interior piensa Netzula resolverla por medio de la religión, desde luego en forma tan curiosa que sólo pudo ocurrírsele al jovencillo Lafragua, católico e ignorante del mundo indígena náhuatl, pues el párrafo consiguiente dice:

Netzula por su parte se ha resuelto ya: tomará la banda de las sacerdotisas del sol, y renunciará para siempre al poder, a la gloria y a los hombres; sin embargo, esta renuncia ha hecho correr sus lágrimas... ha prometido su mano a Oxfeler, puede todavía renunciarle, pero no puede escoger otro esposo. Satisfecha de su resolución, recobra su tranquilidad, pero está grave y triste...

Al final, se precipitan lo que, en términos clásicos llamamos la anagnórisis y la catástrofe: el reconocimiento y el desenlace. Los ancianos guerreros, Ixtlou y Ogaule, apoyándose en los hombros de Netzula, van a buscar el lugar en que se ha librado o se está librando la batalla decisiva entre los guerreros de Anáhuac y los extranjeros. He aquí la página final:

Se han aproximado, el rumor de las armas y de la batalla hiere sus oídos; el aire está cargado de voces de muerte; los ojos de los ancianos parecen haber recobrado el fuego de sus primeros días; sólo el alma de la joven está triste con aquel rumor sangriento. Un guerrero se presenta entonces a los viajeros: la palidez de la muerte lo cubre, y el terror está en su frente; sus vestiduras están abrasadas y llenas de sangre.

— ¿Dónde está la batalla?, exclama Ixtlou. ¿Dónde los valientes de Anáhuac?

— Los hijos del océano prevalecen, contesta el guerrero; el fuego de sus armas nos devora; la cabellera de nuestros bravos rueda por el polvo.

— ¿Dónde está Utali?, exclama Netzula en su dolor.

— Utali y Oxfeler, responde el soldado, están en ese bosque; su espada ha sido el terror de sus enemigos, pero heridos mortalmente han sido retirados aquí a morir en paz; su gloria se levantará en los campos de los héroes, pero el sol favorece a los extranjeros.

Los ancianos se encaminan al bosque; los heridos y moribundos están allí, y las vestiduras de la hija de Ixtlou se han salpicado de sangre: el anciano ha conocido a Utali.

— Hijo mío, exclama; has muerto como los valientes; pero tu padre no te sobrevivirá; el hijo del extranjero ha destrozado la patria, pero tu gloria se levantará sobre tu sepulcro.

Utali ha expirado ya, Netzula, en pie al lado de su hermano, le contempla con toda la amargura de su dolor; siente desfallecer sus fuerzas y va a caer al lado de su hermano.

Ogaule llama la atención de Ixtlou: He aquí a mi hijo, le dice, y le señala un guerrero extendido sobre la yerba. La joven levanta los ojos, y cree reconocer el plumaje del moribundo: fija sobre él sus miradas, y este Oxfeler, a quien ella misma había despreciado, éste héroe cuya unión ha rehusado, es el mismo guerrero de los jardines...

La joven se precipita sobre él y exclama: ¡Amado mío, amado mío, tuya para siempre! El moribundo entreabre sus ojos, y estrechando con una mano a su amada, sonríe tristemente, y le señala con la otra su herida: ha querido hablar, mas las palabras no han podido llegar a sus labios.

El héroe expira en los brazos de Netzula. 'Pues que no he podido acompañarte en mi vida, exclama ésta, te seguiré a lo menos en el sepulcro'. Procura incorporarse en vano; toda su fuerza la ha abandonado; los españoles llegan en este instante; su espada completa la destrucción de la batalla; los deseos de Netzula están cumplidos: su sangre se ha mezclado a la del jefe de Anáhuac.

Porque la novelita de Lafragua es, aunque mencionada por los tratadistas, en realidad poco conocida y no fácilmente accesible, dada la rareza de sus tres ediciones,<sup>5</sup> me he atrevido a hacer esas citas, un poco largas, en que se pueden ver sus evidentes debilidades de construcción, de personajes y hasta de estilo, al mismo tiempo que su tema y el tono de sensibilidad, sin entrar en mayor análisis, que no es de este momento.

Más importa, ahora, indicar algo de su origen o de sus raíces, es decir, de lo que pudo motivar o sugerir, en el ánimo del muy joven estudiante poblano, el deseo de comenzar a expresarse o manifestarse, pluma en mano, escribiendo una novelita como *Netzula*. Yo creo que esa raíz, fuente o agente catalizador de su inquietud, fue la *Atala* de Chateaubriand. En la novela francesa, el padre de Chactas, el narrador, había sido un gran guerrero llamado Utalisi; en *Netzula*, su hermano, gran guerrero, se llama Utali, que, evidentemente es apócope del otro nombre antes citado. Y el mismo nombre de Netzula, ¿no suena como Atala?; hasta pudo el joven Lafragua pasar de Atala a Netzula y añadirle la z para darle aire náhuatl, pero es claro que éstas son divagaciones hipotéticas





que no voy a dar como explicaciones. Pero otras cosas hay: Netzula es casta como Atala, aun más casta, porque Atala va a entregarse a Chactas, después de revelar el secreto de su origen, y sólo una casual circunstancia lo impide, en tanto que Netzula sólo se une espiritualmente a Oxfeler agonizante y muere junto con él, y también se asemejan en que la actitud de ambas heroínas es causada por sendos votos o promesas: en Atala, por el juramento que le impuso su madre, y en Netzula por su formal promesa hecha a petición de sus padres. Todo eso, además de los paisajes idealizados y poéticos, los personajes virtuosos y sentimentales; en fin, todo el andamiaje, encuadramiento y ambiente del primer romanticismo, son elementos que aproximan ambas novelas. Naturalmente que nada de eso quiere decir que se trate de equipararlas y ni siquiera compararlas, pues no hay para qué, ya que no se pretende hacer aquí ningún estudio de historia de la literatura, y sería total necedad sugerir comparaciones entre el joven poblano de 1830 y el entonces ya ilustre y famoso escritor exministro de los restaurados Borbones. Sólo he querido señalar puntos de contacto que, a mi juicio, indican que al redactar Lafragua su primero y juvenil escrito tenía fresca la lectura y la admiración por *Atala*, libro que sería, entonces, de gran modernidad en México, pues su primera edición fue en 1801, figurando muy en la vanguardia de la gran revolución literaria y artística que fue el romanticismo.

También en la vanguardia del romanticismo en lengua española figura, toute proportion gardée, don José María Lafragua, no sólo por *Netzula* sino por otras composiciones líricas y por *Ecos del corazón*, memorias de un amor de trágico fin, que aquí no cabe más que aludir.

Más importa no dejar eso de vanguardista del romanticismo en pura afirmación gratuita o lírica; me interesa probar mi aserto, sobre todo por si hay quien no recuerde o sepa con claridad la cronología de los movimientos literarios.

El romanticismo tardó en llegar a España o, más correctamente, las letras españolas accedieron, con notable retardo, a la renovación romántica. Trayendo su origen desde Macpherson (*Fingal, cantos de Ossian*, ca. 1762) y desde Goethe (*Werther*, 1764), etc., el romanticismo llega, de hecho, a España, el año de 1833, cuando por el plausible fallecimiento de Fernando VII se decreta la amnistía y regresan los exiliados hombres de letras (Duque de Rivas, etc.) llevando en sus papeles sus obras ya influenciadas de los románticos ingleses y franceses que conocieron en el destierro. Pero en Hispanoamérica, el tajo político de la independencia, al separarnos de España, nos acercó culturalmente a la Francia contemporánea y por eso fue el romanticismo francés el que influyó, más directa y más tempranamente, en las literaturas de los nuevos países hispanoamericanos y, entre todas ellas, creo que es en la mexicana donde primero aparece y que algunos de sus

primeros brotes fueron, precisamente, las dos breves novelas a que me he referido.

Creo que eso hay que tenerlo en cuenta, que es importante en el tema que nos ocupa. No se trata de fijar categorías para las dos novelas citadas, sin duda muy secundarias y humildes entre las obras literarias de su tiempo. Lo que me parece importante subrayar, es que la novela titulada *Jicotencal*, anónima (para mí, de autor mexicano), editada en Filadelfia en 1826, y la novela corta *Netzula*, escrita por Lafragua, en Puebla en 1832, son las dos primeras novelas, en lengua castellana, que corresponden al movimiento literario renovador que fue el romanticismo, y que ambas tienen, como asunto de sus respectivos relatos, temas y personajes principales, esos elementos pertenecientes a relatos, ambientes y personajes del indigenismo mexicano.

Si en las letras tenemos los ejemplos antes examinados, en cambio, en las artes plásticas, prácticamente nada hay que podamos señalar que tenga relación de interés con el indigenismo, en el lapso que fijamos para esta reseña que es, aproximadamente, el medio siglo que tiene por eje el momento subversivo de 1810; es decir, desde unos veinticinco años antes de la pública sublevación de Hidalgo, hasta otros veinticinco años después, cuando comienzan a asentarse las consecuencias de la lucha que él desató.

Y acontece que ese lapso corresponde a un momento bien definido en la historia de las artes plásticas mexicanas, que, en apretada síntesis, puede ser expuesto así:

En 1785 queda establecida, en México, la Academia de San Carlos, que inmediatamente empieza a regir las cuatro nobles artes de su jurisdicción: grabado, pintura, escultura y arquitectura, dirigiéndolas dentro de las normas y fines del ideal de belleza del arte antiguo, es decir el greco-romano, que era la meta estética del neoclasicismo del siglo XVIII; con precisión en los estilos y formas clasicistas; con procedimientos para lograrlo, pues la Academia tuvo y ejerció autoridad sobre licencias para realizar obras nuevas y revisar sus proyectos, autorizar el ejercicio profesional y las enseñanzas de las artes, en fin, todo lo que correspondía a una administración organizada para proceder racional y enérgicamente, como era propio del régimen del Despotismo Ilustrado, al que social y políticamente pertenecían las Academias.

En tales condiciones, el neoclasicismo se impuso ¡y con grandeza! , con maestros como Jerónimo Antonio Gil, Patiño Ixtolinque, González Velázquez, Jimeno y Planes y, sobre todos, Manuel Tolsá, al que basta nombrar para rendir homenaje a su admirable obra. Luego habría de seguirlo, con obra propia y perdurable influencia en el centro del país, don Francisco Eduardo Tresguerras.

La Academia produjo con brillo y dirigió con mano firme algunos años y luego comenzó a opacarse. Cuando triunfó la independencia, en 1821, varios maestros habían desaparecido; el



último de los notables neoclásicos, Tresguerras, murió durante la epidemia de *cholera morbus*, en Celaya, en 1833. Pero la senda estaba trazada; el ideal neoclásico llegó a arraigar aun entre polemistas y divulgadores: el mismo Fernández de Lizardi, tan mexicano y popularista, y tan absurdo crítico, decía que los altares de Tepozotlán no eran más que “leña dorada”, para estar de acuerdo con “el restablecimiento del buen gusto”, frase consagrada en la que se apoyó la destrucción de retablos, fachadas y obras del gran barroco verdaderamente mexicano. Lógicamente, para aquella mentalidad, todo el indigenismo, ni como asunto ni como preocupación de ningún género, no podía tener ningún sentido; el indigenismo fue totalmente ignorado mientras predominó la dirección y el gusto del neoclasicismo.

Sin duda, hacia 1803, algunos profesores habrían escuchado, con deferencia cortés, ciertos comentarios del Barón de Humboldt, que luego dejó apuntados en su obra sobre Nueva España, diciendo:

En el edificio de la Academia, o más bien dicho en uno de sus patios, deberían reunirse los restos de la escultura mexicana y algunas estatuas colosales de basalto y pórfido que existen cargadas de jeroglíficos aztecas, y que presentan ciertas analogías con el estilo egipcio e hindú. Sería una cosa muy curiosa colocar estos monumentos de los primeros progresos intelectuales de nuestra especie, estas obras de un pueblo semibárbaro que vivía en los Andes mexicanos al lado de las bellas formas nacidas bajo el cielo de Grecia y de Italia.<sup>6</sup>

Se refiere a los grandes yesos, copias de estatuas clásicas, de que se enorgullecía la Academia. En cuanto a “los restos de escultura mexicana...”, alude al calendario azteca, la llamada piedra de los sacrificios y a otros grandes monolitos encontrados, no muchos años atrás, al hacer nivelaciones y otros arreglos en la plaza mayor.

Esa actitud de Humboldt es absolutamente similar a la que tendría, todavía un siglo más tarde, el historiador Orozco y Berra, que Villoro comenta: “Su admiración ante lo azteca dice, será desapasionada... tan curiosamente desprendida de su objeto, tan pendiente y danzante en el aire, que se nos antoja poder subsistir aunque su objeto cambiase y en vez de nahoa fuese armenio, o aunque su mismo sujeto se trastocase de americano en alemán o persa...”<sup>7</sup>

Es claro que esa curiosidad distante y total indiferencia no era absolutamente uniforme. El Museo conserva algunos cuadritos en que los tipos indios y otros testimonios revelan un interés etnológico, y bien sabemos que hubo un escritor, don Carlos María de Bustamante, para quien la preocupación por lo indio fue larga y profunda. Y si de erudición se trata, habría que recordar a mi ilustre y olvidado conterráneo, el jesuita Pedro José Márquez, quien durante su exilio publicó, en Roma en 1804, su estudio *Due Antichi Monumenti di Architettura Messicana*, sobre las ruinas de Xochicalco y de Papantla.



Pero son casos aislados y de especialistas, historiadores o investigadores. Lo cierto es que el indigenismo, como tema y como realidad social, en aquellos años previos y posteriores a la independencia, visto desde ahora parece haber sido casi inexistente, y cierto es, también, que de ningún modo alcanzó a interesar la cultura y la cosa pública, en aquel momento de nuestra historia.

Como ya vimos, y resumiendo, apenas si en dos breves y secundarias obritas aparece, como fundamental, un tema indio, y ambas son obras relacionadas con cierto cambio y renovación en las ideas y en la sensibilidad predominantes en la época. Esas novelas son: *Jicotencal* y *Netzula*.

En la primera, el tema indígena es casi un pretexto, o al menos un tema ocasional, para verter en la obra una serie de ideas de la “Ilustración” del siglo XVIII: juicios y censuras de la conquista, del despotismo de los españoles, juicios y apologías de la libertad, del gobierno republicano; una serie de exposiciones de principios legales, sociales, históricos, de modo muy disperso pero muy claramente dichos y encaminados a figurar entre las raíces o, a menos, como abono filosófico de las raíces del liberalismo hispanoamericano.

*Netzula* es una versión local y un tanto pueril de *Atala*. Pero en *Netzula* el tema y los personajes indios, están para revelar y conllevar una tónica literaria que, tímidamente, empieza a balbucear su novedad: la sensibilidad y proyección del romanticismo.

No deseo, ni podría, ahondar en interpretaciones sociopolíticas, que exigen un examen diferente de esa etapa histórica.

Me he limitado a mostrar que, en la época que he tratado, en medio de una deliberada ignorancia e indiferencia por el indigenismo, éste solamente aparece ligado a dos movimientos, entonces de avanzada o de vanguardia, que en dos modestos textos literarios apuntan la aurora del liberalismo y del romanticismo.

#### Notas:

- 1 En *El Telégrafo de Guadalajara*, 1o. de julio de 1811.
- 2 Jorge Flores D., *José María Luis Mora, rector intelectual del liberalismo mexicano*. Sobretiro del “Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público”, núm 336, México, 1966. págs. 7-10.
- 3 José Rojas Garcidueñas, “*Jicotencal*. Una novela histórica hispanoamericana precedente al romanticismo español”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. VI, núm. 24, México, 1956.
- 4 *Jicotencal*, tomo II, pág. 169.
- 5 La primera, en *El año Nuevo*, México, 1839; la segunda, en Biblioteca de autores Mexicanos, vol. 33, Imp. de Victoriano Agüeros, México, 1901; la tercera, en José Miguel Quintana, *Lafragua político y romántico*, Ed. Academia Literaria, México, 1958, págs. 117-139.
- 6 Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, Editorial Pedro Robredo, México, 1941. Tomo II, pág. 122.
- 7 Luis Villoro. *Los grandes momentos del indigenismo mexicano*. Ed. El Colegio de México, México, 1950, pág. 156.